

GOLPES DE ESTADO

Como cuenta Manuel Monereo en esta misma revista, estamos viviendo un estado de excepción, que inevitablemente conduce a un contexto de mayor autoritarismo y de pérdida de derechos para la mayor parte de la población mundial. Un estado de excepción que acaba de visualizarse a través de dos golpes de estado: los que han llevado al poder en Grecia e Italia a Papademos y Monti, dos hombres que proceden de Goldman Sachs (y quien ha visto *Inside Job* ya sabe que ese banco está entre los mandamases del mundo, si no es quien más manda) instalados por la mafia financiera en los sillones presidenciales con la aureola de tecnócratas –sin elecciones de por medio.

No seré yo quien lamente la salida del payaso Berlusconi del gobierno, pero lo cierto es que quien lo ha echado no han sido los italianos, que es a quien les correspondería en legitimidad democrática. Lo han echado Sarkozy, Obama y Merkel, disciplinados instrumentos de unos poderes financieros que ya no ocultan ni su poder ni su estrategia.

En cuanto a Papandreu, bastó la alusión a que iba a pedir la opinión a su pueblo para que durara menos de lo que tarda un terrón de azúcar en disolverse en un tanque de agua. ¿Cómo podía ocurrírsele semejante atrevimiento? Sarkozy lo tachó de gilipollas, porque a él, evidentemente, jamás se le hubiera ocurrido una cosa como esa.

Y en cuanto a Berlusconi, a pesar de que encabezaba un gobierno nítidamente de derechas, se ha visto abocado a la dimisión porque no ha sido lo bastante diligente en proteger el dinero de los prestamistas, y con esas cosas no se juega.

Los dos golpes de estado provocados por la mafia financiera evidencian con claridad lo que se avecina: un trasvase acelerado de rentas de abajo hacia arriba, y una involución democrática, con un retroceso de derechos que irá creciendo mientras no surjan fuerzas importantes que le hagan frente.

Las cartas, pues, se han puesto boca arriba. Ya no caben excusas; el proyecto europeo muestra a las claras su verdadera naturaleza, plasmada en tratados firmados con la bendición de los principales sindicatos y de algunas formaciones de izquierda, sin que hasta la fecha hayan admitido públicamente que lo firmado equivalía –como se dijo entonces en esta revista– a introducirse voluntariamente en una trampa y, tras entrar, tirar la llave fuera.

Y ahí estamos, dentro de la trampa, confiando en que nuestros carceleros de las grandes finanzas nos permitan seguir disfrutando de un miserable rancho, rogando que pase pronto la tormenta, porque cada vez es más difícil guarecerse.

Claro que también podemos hacer otra cosa: si no tenemos la llave, siempre podremos echar la puerta abajo. A patadas.

Podemos decir basta. Podemos decir: yo no pago. Podemos armar la de San Quintín en la puerta de los hospitales recortados. Podemos parar el país. Podemos mucho, porque somos muchos.

También podemos resignarnos. Dar por sentado que no puede hacerse nada. Delegar en las elites políticas y sindicales, y cruzarnos de brazos. Esperar con el alma encogida a que se disipe la niebla. Como en aquella canción, soñar en que cualquier noche puede salir el sol. En definitiva, seguir sometidos a los poderes económicos, mediáticos, políticos en la esperanza de que cambie el viento.

De nosotros depende lo uno o lo otro. Y no queda mucho tiempo antes de que la catástrofe sea irremediable.

Miguel Riera Montesinos